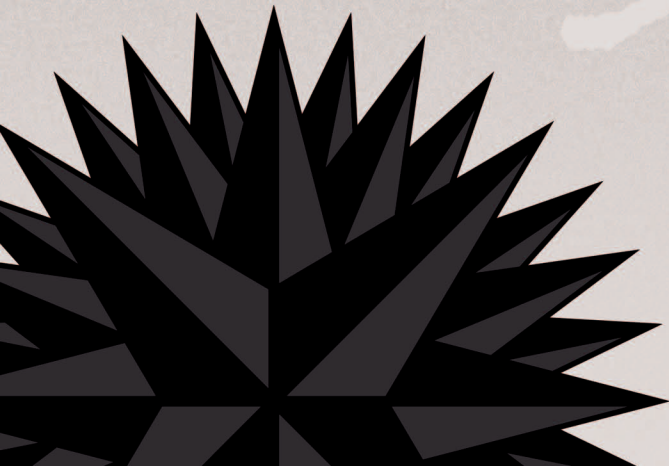


# La llave del tiempo

LIBRO CUARTO

## EL JINETE DE PLATA

Ana Alonso y Javier Pelegrín



ANAYA

*La llave del tiempo*

LIBRO CUARTO

# EL JINETE DE PLATA

Ana Alonso y Javier Pelegrín

ANAYA

1.ª edición: mayo 2008

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Ana Alonso y Javier Pelegrín, 2008  
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2008  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.lallavedeltiempo.com  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:  
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-667-7685-1  
Depósito legal: B. 21.816/2008  
Impreso en Romanyà Valls, S. A.  
Capellades (Barcelona)  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



## Preámbulo

**E**n 2121, la Corporación Dédalo, una de las nueve multinacionales que dominan el mundo, logra reunir a Martín, Jacob, Selene y Casandra, cuatro jóvenes con un sistema inmunitario que los vuelve invulnerables frente a cualquier enfermedad. A cambio de su colaboración para la producción de vacunas y sueros, Dédalo les ofrece un brillante futuro en una isla paradisíaca... Sin embargo, tras su aparente generosidad, la Corporación oculta un oscuro propósito. Dispuestos a desenmascararla, los cuatro jóvenes, ayudados por su amiga Alejandra, consiguen huir de la isla con un valioso objeto formado a partir de las cápsulas que la Corporación Dédalo les ha extraído de sus propios organismos. Ese objeto es la llave del tiempo, y los jóvenes esperan que pueda ayudarlos a desvelar la verdad sobre su enigmático origen. Para ello, tendrán que seguir las instrucciones de la llave, lo que, en esta ocasión, los conducirá hasta la Ciudad Roja de Ki, donde deberán introducirse sin despertar sospechas... ¿Lo conseguirán?

## CAPÍTULO I



# La Red de Juegos

**L**a oscuridad se desgarró en amplios jirones de vapor negro, un efecto virtual que a Martín le hizo sonreír. Después de un breve período de semiinconsciencia en la cápsula de letargo, todos sus sentidos parecieron despertar de repente, preparándose para disfrutar del grandioso panorama que, poco a poco, comenzaba a definirse a su alrededor.

Se encontraba en un ancho paseo marítimo muy semejante al Mirador de Espumas de Titania, pues todos los edificios de la ciudad creada por la corporación Kokoro habían sido reproducidos en aquel entorno virtual con precisión milimétrica. Con paso inseguro, comenzó a caminar maravillado sobre las baldosas de coral artificial que formaban el suelo del paseo. La sensación de estar desplazándose realmente por una ciudad era tan intensa, que, a los pocos metros, Martín dejó de concentrarse en el movimiento de sus piernas para admirar el panorama que lo rodeaba.

Resultaba muy extraño. A pesar de que Nueva Titania, la ciudad de Virtualnet que ahora pisaba por primera vez, estaba construida a imagen y semejanza de la Titania real, Martín notó desde el primer momento que las dos ciudades eran muy diferentes. Ambas tenían los mismos edificios en forma de cúpula, que giraban lentamente siguiendo la trayectoria del sol como girasoles de titanio y cristal. Martín reconoció la sede local de la ONU, un bello cilindro tapizado de exquisitas vidrieras, y la Cámara de Comercio, con sus espejos flexibles hinchados por el viento como las velas de un barco. Los delicados hologramas que flotaban a la entrada de las tiendas para atraer a posibles clientes también eran los mismos que había visto en Titania: el pastel de chocolate del Café Sacher, la elegante joven con gafas de sol de la Óptica Desimarú, el cocinero friendo huevos de la Taberna del Puerto, un restaurante de moda...

Y, sin embargo, había infinidad de detalles que distinguían la ciudad virtual de la real. La diferencia principal, por supuesto, la constituían los transeúntes. Martín se sentía muy raro en medio de aquella multitud de guerreros, hadas, elfos y unicornios que atestaban el Corredor de Espumas charlando y riendo animadamente.

Algunas de aquellas identidades digitales eran bastante cómicas, y otras resultaban repulsivas. Martín tuvo que retroceder bruscamente para no ser arrollado por una especie de orco verde de grandes dimensiones que corría torpemente, debido al peso de su armadura de hierro rojo, detrás de una frágil ninfa semidesnuda y con una corona de rosas sobre la frente, la cual, a su vez, avanzaba a saltitos, volviéndose de cuando a cuando a mirar al orco con una provocadora sonrisa. Durante largo rato, Martín siguió caminando por el

Corredor, contemplando con una mezcla de incredulidad y admiración a los variopintos personajes que se cruzaban en su camino. Las vistosas identidades digitales que lo rodeaban debían de costar una fortuna... ¿Por qué se empeñaría la gente en escoger avatares tan extravagantes en sus visitas a la Red de Juegos? Él, por su parte, se sentía incapaz de participar en aquella mascarada virtual. Cuando los diseñadores de Uriel le pidieron instrucciones para fabricarle una nueva ID, les rogó que fuera lo más semejante posible a su verdadera imagen. Y, en cuanto al atuendo, se había decidido por una túnica y unos pantalones corrientes, a pesar de las desdeñosas objeciones del jefe del equipo de diseño.

Ahora que, por fin, estaba dentro de Nueva Titania, comprendía el punto de vista de aquel individuo. En realidad, si lo que quería era pasar desapercibido en medio de la multitud, no había elegido la indumentaria más apropiada. Entre tantos seres fabulosos ataviados con fantásticos trajes bordados con lentejuelas y cuentas de cristal, su sencilla vestimenta llamaba demasiado la atención. Claro que, pensándolo bien, la cosa no tenía demasiada importancia. En Nueva Titania todo el mundo iba a lo suyo, y nadie parecía preocuparse por los que lo rodeaban. Habían pagado sumas astronómicas para disfrutar de unas horas de diversión en aquel ambiente mágico, y no podían perder el tiempo fijándose en el aspecto excesivamente austero de un adolescente solitario.

Después de avanzar un largo trecho rodeado de guerreros, princesas, brujos, monstruos y héroes de medio pelo, Martín sintió la necesidad de volver sus ojos hacia el mar. La vasta extensión de aguas azules y verdosas salpicadas de espumas blancas no se distinguía en nada de un auténtico paisaje oceánico. Una agradable brisa acariciaba el rostro de Martín,

que, inconscientemente, se lamió el labio inferior para sentir el sabor salado de aquel aire marino. Sí, sabía a sal; y su olor, un olor a salitre, a algas semipodridas y algo más que no habría sabido definir, era exactamente el mismo que había percibido al caminar por la Playa Noriko de Titania con los pies descalzos.

Virtualnet; la Red de Juegos... Dos nombres distintos para una misma cosa. Un mundo ilusorio, donde nada era verdadero, y, sin embargo, tan consistente como el mundo real, y mucho más excitante para los sentidos. Un mundo donde uno podía reinventarse a sí mismo, empezar desde cero, ser la persona que siempre había querido ser. Un mundo peligroso... porque era posible morir durante una de aquellas excursiones al universo de los sueños, a pesar de que las armas de los falsos guerreros fuesen solo un conjunto de instrucciones dentro de un programa informático, y de que los frascos de veneno que vendían los hechiceros en los mercados virtuales no contuviesen ningún tóxico catalogado en los tratados de farmacología.

De hecho, eran muchas las personas que fallecían cada año durante su conexión a la Red de Juegos. Y es que, aunque allí todo fuera falso, las impresiones que el cerebro y los órganos de los sentidos recibían sí eran reales. Impresiones tan intensas que podían arrastrarle a uno a la locura, o incluso provocarle un infarto... Recordó con un estremecimiento las recomendaciones que le había hecho Jade antes de dejarlo encerrado en la cámara de letargo.

«Esta va a ser una experiencia muy importante para tu formación como jugador, Martín —le había dicho—. Soportar la avalancha de sensaciones que produce Virtualnet te resultará muy difícil al principio. Tienes que tener en cuenta que todos tus contrincantes se han pasado la vida conectán-



dose a través de sus ruedas neurales. Forma parte de su entrenamiento. En cambio, tú no lo has hecho nunca... Eso supone una desventaja considerable para ti, no voy a ocultártelo».

En realidad, a pesar del rechazo que su madre le había inculcado hacia todo lo virtual, Martín siempre había querido tener la oportunidad de introducirse en Virtualnet, para ver cómo era. Pero, por desgracia, se trataba de un pasatiempo al alcance de muy pocos; solo los más adinerados podían permitirse una conexión de calidad a la Red de Juegos. Naturalmente, había conexiones más baratas, pero los lugares virtuales a los que permitían acceder solían ser bastante desagradables, y las identidades digitales que te permitían adoptar a menudo resultaban humillantes. Aun así, muchas personas se conformaban con aquello, ya que no podían pagarse nada mejor. Después de todo, siempre cabía la posibilidad de tener un golpe de suerte, de conocer a alguien dentro del mundo virtual que te facilitase el acceso a los portales más apetecibles, a cambio de algún servicio, claro está... Martín conocía a un chico que había logrado penetrar en la ciudad de Iser convirtiéndose en esclavo virtual de un dudoso personaje que se divertía insultándole y obligándole a realizar las más degradantes tareas. Aun así, el chico, que estaba en la misma clase de Martín durante su último curso en Iberia Centro, sostenía que la experiencia había valido la pena.

A su llegada al Jardín del Edén, Martín había esperado que Dédalo le ofreciese alguna vez la posibilidad de conectarse a Virtualnet. Había oído hablar de las cámaras de letargo que utilizaban las personas sin rueda neural para establecer la conexión. Nunca había visto ninguna, pero estaba seguro de que a Hiden le habría resultado fácil procurarse los mejores dispositivos de ese tipo para ellos... Sin embargo, pronto ha-

bía quedado claro que Hiden no deseaba poner a su alcance aquella conexión. Visto en perspectiva, resultaba comprensible: La Red de Juegos era un espacio de libertad que podía poner en peligro los planes de Hiden para los Cuatro de Medusa. Allí dentro, ni siquiera Dédalo habría podido controlar lo que hacían y con quién se encontraban... Después de la fuga de Jacob, Hiden se había vuelto cuidadoso. Al parecer, no siempre había sido así. Jacob les había contado que, cuando era pequeño, disponía de una cámara de letargo en su propia habitación, para conectarse a Virtualnet cuando le viniese en gana. Allí había aprendido muchas cosas, algunas bastante inconvenientes para un niño de su edad... Pero la educación de Jacob no era algo que a Hiden le preocupase excesivamente, y solo cuando el chico tuvo edad suficiente para hacerse preguntas sobre su pasado y buscar las respuestas en aquella especie de Universo paralelo, juzgó necesario retirarle la conexión.

Mientras pensaba en todo aquello, Martín había llegado sin darse cuenta hasta el final del Corredor de Espumas, una ancha plaza abierta al mar con altas palmeras y edificios en forma de hoja que se balanceaban sobre flexibles pedúnculos metálicos. La animación allí era aún mayor que en el paseo marítimo. Bajo los toldos de los cafés, los turistas saboreaban sus deliciosos helados virtuales y sus batidos de moka y regaliz con evidente placer. Algunos de aquellos hombres y mujeres llevaban carísimos diseños confeccionados exclusivamente para sus identidades virtuales por los mejores modistos del mundo. Bien pensado, resultaba grotesco. Probablemente, muchas de aquellas elegantísimas damas estarían en realidad en pijama, repantingadas en el sillón de su casa. Y, sin embargo, allí dentro, con sus maravillosos disfraces de reinas o de

hadas, probablemente se sentían las mujeres más atractivas del mundo... Y, en cierto modo, lo eran.

Un coro de risas atrajo la atracción de Martín hacia el cielo. Por encima de su cabeza pasó volando un grupo de frágiles criaturas aladas agitando en el viento sus vaporosas faldas de tul verde y dorado. Claro, en la Red de Juegos uno podía hacer lo que quisiese, incluso volar... Pero, seguramente, experimentar la sensación de vuelo requeriría algún dispositivo físico adicional, además del equipo básico de conexión. Tendría que preguntárselo a Jade.

Al recordar a su entrenadora, Martín sintió un ligero escalofrío. El bello rostro de la contrabandista, apenas desfigurado por la cicatriz que le atravesaba la mejilla, se dibujó en su mente con aterradora nitidez. Desde su llegada al Consulado de Uriel en Titania, no había dejado de perseguirle... Se había propuesto convertirlo en un jugador de Arena lo suficientemente bueno como para participar en los Interanuales de la Ciudad Roja, pero era evidente que desconfiaba de sus capacidades. Y eso que había hecho notables progresos en los meses que llevaban entrenando... Pero a Jade nada le parecía suficiente. Estaba satisfecha con la agilidad de su alumno, y también con la velocidad de sus reflejos. Sin embargo, continuamente se quejaba de su escasa fuerza y, sobre todo, de su desconocimiento de la técnica del juego. Raro era el día en que no terminaba refunfuñando acerca de la locura de aquel proyecto. Convertir a un completo profano en un jugador de élite constituía una tarea demasiado ardua, incluso para ella.

Afortunadamente, estaba su madre... Martín sonrió al pensar en Sofía. Era maravilloso volver a tenerla a su lado, volver a contar con su apoyo y su aliento. Y también resultaba fascinante trabajar con ella, conocerla en aquella faceta suya

de guionista de juegos, que antes nunca había querido compartir con él. Ahora, los dos eran algo más que madre e hijo. Se habían convertido en un equipo... Diana Scholem la había contratado para crear el personaje de rol que Martín interpretaría en caso de clasificarse para los Interanuales de la Ciudad Roja como representante de Uriel, y ella estaba disfrutando mucho con aquel trabajo. Ambos se sentían más unidos que nunca. Y, sin embargo...

Martín se mordió el labio inferior, y se sorprendió al comprobar que aquel gesto le producía un dolor muy real. Pero su pensamiento voló en seguida hacia la Doble Hélice, hacia el terrible momento de la caída de Deimos al vacío. Después, vio el rostro de Aedh desencajado por el sufrimiento, unos instantes antes de su muerte... Se pasó una mano por la frente. Sí, aquello había sucedido de verdad. Todavía le costaba trabajo asimilarlo. Tal vez por eso no se lo había contado aún a su madre... ¿Qué pensaría Sofía cuando se enterase de que había matado a un hombre? Trataría de comprenderle, estaba seguro. Pero ¿cómo podría comprender algo que ni él mismo comprendía? El clima de confianza que se había instalado entre ellos se quebraría de inmediato cuando Sofía supiese lo ocurrido en Marte. Ya nunca volvería a verle del mismo modo. Y, no obstante, necesitaba tanto contárselo... Pero no era el momento de pensar en eso. Estaba en Nueva Titania, disfrutando del primer rato de diversión que Jade le había concedido desde su llegada al Consulado. Además, Alejandra le esperaba... Tenía que alejar aquellos negros pensamientos de su mente si no quería estropear la cita.

Después de echar una vistazo a la plaza para orientarse, Martín dirigió sus pasos hacia el Bulevar del Crepúsculo. Allí no había tanta gente, y las hojas cobrizas y amarillas de los ár-

boles se agitaban suavemente, mecidas por la brisa. En el Bulevar del Crepúsculo de Nueva Titania siempre era otoño; pero, por lo demás, se parecía mucho al Bulevar del mismo nombre de la ciudad real, con los pórticos de piedra de las embajadas a ambos lados de la calle, cada uno con su bandera correspondiente, y las altas tapias de los jardines, tras las cuales sobresalían algunas oscuras siluetas de cedros y cipreses.

Habían quedado en el restaurante Mishima, que se hallaba instalado en el equivalente virtual de la casa del Gobernador de Titania. Era lo bueno de Virtualnet, que, previo pago, uno podía ir a todas partes, incluso a los lugares de más difícil acceso. En la Red de Juegos, había piscinas en el interior de los tribunales, salas de fiestas en las cámaras acorazadas de los bancos, pubs y discotecas en los ministerios. Algún gracioso había llegado a instalar un circo a bordo de una réplica de Caershid, la prisión orbital. Una extravagancia más de aquel extraño mundo de juguete.

La casa del Gobernador de Titania era familiarmente conocida por los habitantes de la ciudad como «La Rosa». Se trataba de un edificio de reciente construcción, cuya forma recordaba la corola de una rosa abierta. Martín, hasta entonces, solo lo había visto desde fuera: una compleja estructura de pétalos semitransparentes delicadamente superpuestos. No podía imaginarse lo que se sentiría al estar dentro de aquella milagrosa flor de cristal flexible... En cualquier caso, tardaría muy poco en averiguarlo.

Apretó el paso, pensando en Alejandra y en el tiempo que hacía que no estaba con ella. Casi todos los días la llamaba a Nara, donde se encontraba pasando una temporada en casa de Casandra. Su madre la acompañaba... Al parecer, no veía con muy buenos ojos aquellas largas conversaciones de

su hija con su viejo compañero de instituto. Aún seguía culpándole de todo lo que le había ocurrido a Alejandra desde aquel fatídico día en que, por error, habían intercambiado sus muestras sanguíneas en el laboratorio escolar. La acusación de adicción a las drogas, la estancia en el Centro de Internamiento, y luego, Dédalo, el Jardín del Edén, aquella peligrosa huida de la isla, sus aventuras en Nueva Alejandría y en Medusa... Era demasiado para cualquier madre, Martín lo comprendía. Pero, de todas formas, no le parecía justo que le culpasen a él de todo. Alejandra había tomado sus propias decisiones; él nunca la había presionado para que le acompañase en el peligroso camino que había emprendido.

Llegó a la entrada principal de La Rosa casi sin aliento, pero, aun así, subió las escaleras de cristal de dos en dos. Ahora que se encontraba tan cerca de Alejandra, su ansiedad por verla se había vuelto tan intensa que casi le resultaba dolorosa. Ella estaba allí dentro, esperándole. Con mano temblorosa, le tendió el pase especial que llevaba en el bolsillo al portero apostado en la entrada. En otras circunstancias, la voz engolada de aquel fante vestido con una pretenciosa librea y un sombrero de copa le habría hecho sonreír, pero en aquel momento estaba demasiado nervioso como para reparar en esos detalles. Respirando agitadamente, siguió al camarero de frac a través de un laberinto de pasillos de vidrio hasta el salón del restaurante, situado en uno de los pétalos interiores del edificio. Le bastó una ojeada a las mesas para localizar la cabellera pelirroja de su amiga. Antes de correr hacia ella, dejó escapar un hondo suspiro de alivio. Entonces se dio cuenta de que, durante todo ese tiempo, había estado temiendo encontrarse con una réplica digital de Alejandra demasiado alejada de la realidad como para reconocerla. Pero Alejandra había cambiado. Ya

no necesitaba ocultarse bajo una rígida máscara rubia para sentirse más segura en sus excursiones al mundo virtual. Su nueva identidad digital era prácticamente idéntica a la verdadera Alejandra. Martín se detuvo un momento antes de llegar hasta su mesa, y ella, al verlo, se levantó y corrió a su encuentro. Cuando se abrazaron, Martín sintió realmente el contacto de la piel de su amiga, el cosquilleo sedoso de su pelo al rozarle la mejilla... Apenas podía creerlo. No era un encuentro real, lo sabía, ¡pero se parecía tanto! Tuvo que tragar saliva para luchar contra el nudo que se le había formado en la garganta.

—Has tardado mucho —dijo Alejandra sonriendo.

Era su voz, su verdadera voz, tal y como siempre la oía en sueños. Martín se estremeció violentamente.

—Esto es... esto es tan desconcertante... Me cuesta trabajo creer que no eres real —balbuceó.

—¡No digas tonterías! Todo es real —replicó su amiga tomándole de la mano para conducirlo hasta la mesa—. Los dos estamos viviendo este momento, estamos viendo y sintiendo lo mismo... ¿Qué importa que mi cuerpo esté en Nara y el tuyo en Titania?

—Bueno, sí que importa —murmuró Martín enrojeciendo.

La identidad digital de Alejandra también se ruborizó.

—Claro, sería mejor estar juntos de verdad, por supuesto —dijo—. Pero, al menos, nuestras mentes sí están viviendo la misma experiencia... ¡Reconocerás que es mucho mejor que una videoconferencia!

—¡Desde luego! —asintió Martín con calor—. Y que aquellas simulaciones del instituto... ¿Te acuerdas de la pinta que tenía don Ramiro? Se había quitado la calva...

Los dos se echaron a reír.

—Sí, era horrible —coincidió Alejandra—. Claro que, si no tienes con qué compararlas...

—¿Tú habías entrado alguna vez en Virtualnet?

—Normalmente, mis padres me regalaban un pase para mi cumpleaños. Dos o tres horas como mucho, no vayas a pensar... Casi siempre eran para el palacio de Glam, una especie de ludoteca virtual para críos. Estaba muy bien... Pero esto es mucho mejor.

—¿Desde cuándo tienes esa ID nueva? Es increíble... ¡Se parece muchísimo a ti!

—Pensé que eso te gustaría. La ha pagado Diana... ¿Sabes que lleva un par de semanas en Nara?

Martín frunció el ceño, extrañado.

—¿En serio? —murmuró—. No tenía ni idea. Pensé que seguía en plena ronda de contactos con las distintas corporaciones, para llegar a un acuerdo en lo del calendario de implantación de la Energía Verde...

—Bueno, se supone que esta visita a Nara forma parte de esa ronda de contactos; pero, la verdad, yo creo que ha alargado la visita un poco más de lo previsto para estar con nosotras. Casandra le preocupa mucho...

Martín clavó una significativa mirada en la imagen de su amiga.

—No seas modesta, Alejandra. Todos nos hemos dado cuenta de que, en realidad, quien más le interesa a Diana de todo nuestro grupo eres tú.

Alejandra bajó los ojos.

—¿Por qué dices eso? Todos le interesáis muchísimo, ¿es que no lo ha demostrado? ¡Fíjate en lo que ha hecho por ti! Ha puesto todo el Consulado de Uriel en Titania a tu servicio, para que puedas entrenarte... ¡Y todo para que consigáis



estar presentes en la Ciudad Roja en la fecha señalada por la llave del tiempo!

—No necesitas defender a Diana; no la estoy atacando —dijo Martín con una sonrisa—. Es más, me encanta que tú seas su preferida... Se ha dado cuenta de lo inteligente que eres, y de que la comprendes mejor que ninguno de nosotros. Es como si existiese una conexión especial entre vosotras dos; lo noté en el viaje de regreso desde Marte.

Alejandra se apartó el pelo de la frente con gesto pensativo.

—En eso quizá tengas razón —dijo—. Diana es exactamente la clase de persona que a mí me gustaría ser algún día. La admiro muchísimo... Y estoy aprendiendo mucho de ella.

En ese momento, un camarero vestido con un quimono se acercó a ellos y les tendió ceremoniosamente los papiros que hacían las veces de carta. Martín echó una ojeada al suyo, pero no entendió nada, ya que todo estaba escrito en japonés.

—Como me paso todo el día encerrado en el Consulado, a veces se me olvida que estamos en Japón —dijo, alzando los ojos hacia Alejandra con expresión perpleja.

—Bueno, esto no es Titania realmente, sino Nueva Titania —contestó ella—. No estamos en el verdadero Japón, sino en un extraño y fantástico Japón virtual... Pero, para el caso, es lo mismo. Así que, para celebrarlo, vamos a probar una auténtica exquisitez japonesa.

—¿Ah, sí? —preguntó Martín—. O sea, que ya lo tienes pensado...

—Desde luego —repuso Alejandra, haciéndole una discreta seña al camarero.

Cuando el hombre se acercó, ella pronunció algunas palabras en japonés. Martín se la quedó mirando anonadado. Mientras el camarero se alejaba, ella se echó a reír.

—No pongas esa cara —le dijo—. Solo he activado el traductor simultáneo de mi rueda neural. Parece que no acabas de hacerte a la idea de que estamos dentro de la Red...

Martín también se rio de su confusión. Por un momento, había creído que Alejandra estaba hablando realmente en aquella lengua.

—Por cierto, ¿qué has pedido? —le preguntó.

—Pues... Takifugu. ¿Sabes lo que es?

—Ni idea.

—Es una clase especial de pez globo. Una exquisitez, ya te lo dije...

—Un momento; ¿el pez globo ese no tiene veneno, o algo así? —preguntó Martín, alarmado.

Alejandra lanzó una nueva carcajada. A Martín le encantaba verla tan despreocupada, tan feliz. Aquella alegría de la muchacha tenía algo de contagioso, y, por primera vez desde su regreso de Marte, se sintió verdaderamente contento. Se preguntó si el estado de ánimo de Alejandra se debería a la influencia de la optimista Diana Scholem. Era asombroso lo que el carisma de aquella mujer podía conseguir...

—No te asustes, hombre —dijo Alejandra cuando por fin consiguió dejar de reír—. El fugu o pez globo tiene un veneno que se llama tetradotoxina y que se concentra sobre todo en el hígado del animal. Pero, si el cocinero es lo bastante hábil al limpiarlo, el pez no llega a matarte. El secreto consiste en dejar en la carne del fugu la suficiente toxina como para que el comensal sienta una agradable sensación de euforia, pero no tanta como para asesinarlo. Por lo visto, no es nada fácil...

—¿Y eso es lo que quieres que comamos ahora? —preguntó Martín con una aprensión que no tenía nada de fingida.

—Pues sí, si a esto lo llamas comer... Recuerda que estamos en Virtualnet, Martín. El restaurante no es real, ni la comida tampoco. Sentiremos el sabor del fugu en nuestro paladar, pero realmente no nos lo comeremos.

Martín resopló aliviado.

—Tienes razón —murmuró—. Por un momento, me olvidé de dónde estábamos... ¡Es que todo parece tan auténtico!

—De todas formas, no debes confiarte. En realidad, el fugu de la Red de Juegos es casi más peligroso que el de los auténticos restaurantes japoneses.

—¿Por qué dices eso?

—El fugu que se consume actualmente procede de piscifactorías. Ya sabes que, en Japón, la gente sigue comiendo pescados enteros, en lugar de conformarse con los cultivos de tejidos... Pero resulta que el fugu de cultivo artificial no contiene prácticamente nada de tetradotoxina, así que ha perdido toda su gracia.

—¿Y el fugu de Virtualnet si tiene tetradotoxina? —preguntó Martín haciendo una mueca—. Venga ya, ¡no me hagas reír!

—No, no; hablo en serio. Aunque te cueste creerlo, resulta que un programador de la corporación Kokoro muy aficionado a la cocina japonesa se inventó hace poco una simulación virtual del sabor y la textura del fugu, y la comercializó a través de la Red de Juegos. ¡No te puedes imaginar qué éxito! Por lo visto, la simulación incluye un programa aleatorio para reproducir en mayor o menor medida los efectos de la tetradotoxina, devolviéndole al plato el riesgo que lo hacía tan apetecible. Según parece, hace poco murió un hombre en un restaurante virtual de Nueva York, después de comerse el

pez globo simulado... Desde entonces, las ventas del programa se han multiplicado por mil.

Martín la miró con los ojos muy abiertos.

—¡No digas bobadas! —exclamó—. Nadie puede morir de un veneno que no existe...

—El veneno no existe, es verdad, pero el programa simula perfectamente sus efectos sobre el cerebro. Es un veneno que actúa sobre las neuronas... Así que, al final, te puedes morir de verdad.

En ese momento, el silencioso camarero japonés depositó sobre la mesa una gran bandeja negra con trocitos de pescado crudo artísticamente tallados. Al lado, dejó una cestita de mimbre con tres pequeños cuencos. Uno contenía una salsa intensamente verde, otro, una salsa roja, y el tercero, pequeños trocitos de jengibre.

El camarero se alejó, rozando a Martín en el hombro con su sedoso quimono amarillo. La cara del muchacho era todo un poema. Al verlo tan atribulado, Alejandra le cogió de la mano.

—No me hagas caso, Martín. Estaba bromeando. Es verdad que la simulación virtual del fugu se ha vuelto muy popular, pero lo de que reproduce los efectos del veneno real, por lo visto, es un bulo. Propaganda de Kokoro para aumentar las ventas, ya sabes... Lo que sí es cierto es lo de ese hombre que murió en Nueva York. No sé, supongo que se sugestionaría de tal manera comiendo el pez que, al final, le daría un infarto.

Martín atrapó con los palillos un pedazo de fugu y se lo metió en la boca. El sabor fresco, ligeramente picante de aquella carne cruda, le pareció delicioso. Alejandra lo observaba expectante con los palillos suspendidos en el aire. Para

hacerla reír, Martín decidió bromear un poco, y, llevándose las manos al cuello, empezó a agarrarse la cabeza frenéticamente y a fingir que tenía convulsiones.

—La tetra... dotoxina... Yo... Me muero...

Alejandra prorrumpió en carcajadas y le sujetó un brazo.

—Deja de hacer el ganso —le susurró—. Van a echarnos...

Martín transformó de inmediato su rostro falsamente desencajado en una rígida expresión de formalidad.

—¿Así te parece mejor? —preguntó, moviendo apenas los labios para no descomponer su mueca.

Luego, ante el ceño fruncido de Alejandra, se relajó y la miró con una divertida sonrisa.

—Vamos, no te preocupes. Aquí no nos mira nadie. ¿No ves que todo el mundo está a lo tuyo? Fíjate; nadie parece prestar la menor atención a lo que sucede en las mesas de al lado... Supongo que tendrá algo que ver con la forma de ser de los japoneses.

—No es eso —contestó Alejandra—. No se comportan así porque sean japoneses... Es porque casi todos son famosos.

Martín, sorprendido, se fijó en algunas de las personas que ocupaban las mesas contiguas...

—¿Son famosos? —preguntó, intrigado—. Pues yo no los conozco...

—Según me dijo Diana al darme los pases, este es un sitio muy exclusivo, y solo pueden permitirse venir aquí las personas con muchas influencias. Me dijo que el local siempre está lleno de celebridades... Espera... ¡mira allí, al fondo! ¿Ves a ese chico? ¡Es Ben Sira, el jugador de Matriz que ganó los últimos Mundiales de la Red! Seguro que Jade te ha hablado de él...

Martín miró en la dirección que le indicaba Alejandra. Sentado a una mesa en compañía de varias mujeres, había un joven moreno cuyo rostro afilado le resultaba vagamente familiar. Parecía estar divirtiéndose, y, sin embargo, Martín advirtió una desgana calculada en cada uno de sus ademanes, lo que le confería una elegancia extraña, que en cierto modo le recordaba la forma de moverse de Jade.

—Ben Sira —murmuró, sin dejar de mirar al joven—. Claro, seguro que Jade sabía que me lo iba a encontrar aquí. Apuesto a que fue idea suya que viniésemos a este restaurante, ¿a que sí?

Alejandra dejó sobre la mesa el vasito de sake virtual que estaba bebiendo y se quedó mirando a Martín con asombro.

—¿Por qué dices eso? La idea del restaurante fue mía. Casandra me contó que había estado aquí una vez, y que era un sitio precioso. Pensé que te gustaría... ¿Qué tiene que ver Jade en todo esto?

—Perdona —dijo Martín pasándose una mano por la frente—. Es que está tan empeñada en que aproveche cada minuto para aprender algo nuevo sobre el juego... Tú no sabes cómo es Jade en los entrenamientos. No me deja ni respirar. Se pasa el día persiguiéndome y repitiéndome sus consignas: «Espera siempre lo inesperado, concéntrate, abre los ojos, espera siempre lo inesperado...». Ya sabes, ese tipo de cosas. Cuando me propuso una conexión a Virtualnet, no lo hizo para que me divirtiese, y me lo dejó bien claro. Según ella, tengo que aprender a distinguir un entorno virtual de uno real lo antes posible, si quiero tener alguna oportunidad de clasificarme para los Interanuales.

—Bueno, eso es lógico —observó Alejandra en tono reflexivo—. Piensa que, en los torneos de Arena, estás viviendo

una experiencia que es a la vez real y virtual. Las cosas están ahí, pero no son exactamente como tú las ves. Lo que tú ves como un castillo puede ser en realidad una pared; y, bajo la apariencia de un monstruo, no hay más que un hombre normal y corriente, o un robot...

—Sí, sí. Ya lo sé. Supongo que tendré que conectarme a la Red de Juegos bastante a menudo a partir de ahora, para habi-tuarme... Pero no creo que me vuelvan a permitir otra cita contigo, al menos en unas cuantas semanas. En realidad, Jade no estaba muy de acuerdo. Si no llega a ser por la insistencia de mi madre, habría impedido que nos viéramos. Y, aún así, no me ha dado permiso más que hasta las cuatro. ¡Y ya son casi las tres y media!

—¿Qué tienes que hacer después?

—He quedado con Jacob. Él es el experto, ya sabes. Se supone que tiene que enseñarme un poco todo esto, mos-trarme algunos trucos... Pero esta mañana, cuando lo vi, es-taba muy misterioso. Me habló de un sitio adonde quería lle-varme, y no creo que eso figure en el programa de Jade. Ya sabes, él siempre va por libre...

—¿Cómo está? —preguntó Alejandra, interesada—. No he vuelto a hablar con él desde que regresamos de Marte...

—Pues... no sé qué decirte —contestó Martín, dubitati-vo—. El programa de borrado de memoria le ha cambiado en algunos aspectos, pero no de la forma que yo me esperaba.

—¿Y qué es lo que esperabas?

Martín se encogió de hombros.

—No sé. Que se comportase como un autómata, como una especie de máquina sin sentimientos... Pero no es así como actúa. Es... no sé, es como si tuviera muy claro lo que quiere, y como si supiese exactamente qué hacer en cada mo-

mento. Tiene muchísima seguridad... Y pasa bastante de todos nosotros, pero eso no es nuevo. En realidad, es como si fuera más él mismo que nunca...

Alejandra jugueteó con un pedazo de pescado que sostenía entre sus palillos.

—¿Ha recordado muchas cosas del futuro?

—No lo sé, no habla casi nunca del tema —dijo Martín—. Por lo visto, los recuerdos no le vienen así, de golpe, sino solo en el momento en que su mente los necesita. Selene se desespera intentando hacerle hablar, pero él ni se inmuta. Es muy amable con ella, eso sí. Evita discutir... ¡Creo que eso es lo que más la saca de quicio!

Ambos sonrieron.

—Hablo mucho con Selene por videoconferencia —dijo Alejandra—. Parece muy contenta.

—Claro, aquí lo tiene todo. Está en su ciudad, con sus padres... ¡y con Jacob en el Consulado, a dos pasos de su casa! Además, por si fuera poco, Herbert le ha enviado un equipo de colaboradores de primera línea para que pueda meterse de lleno en la decodificación del mensaje extraterrestre. Es como un sueño para ella...

—¿No te parece un poco extravagante por parte de Herbert? Quiero decir que, después de lo que ocurrió en Medusa, es demasiada responsabilidad para Selene. ¿Y si vuelve a darle un ataque como el de entonces?

Martín hizo una mueca.

—No quiero ni pensarlo —repuso—. Sus padres no saben nada de aquello; si no, no le habrían dado permiso para colaborar otra vez en lo del mensaje... Pero ¿sabes? No creo que se trate de un capricho de Herbert. Más bien me da la impresión de que necesita desesperadamente su ayuda.



—¿Por qué? —se extrañó Alejandra—. Creí que, una vez descubierto el código, solo había que observar el «Faro de Ishtar» y traducir las señales que van llegando...

—Por lo visto, la cosa se ha complicado. Mientras estábamos en el transbordador que nos trajo de Marte, la estación Argos comenzó a captar un nuevo mensaje entremezclado con las frecuencias del primero. Según parece, se trata de una especie de puzzle tridimensional de dimensiones gigantescas. Un verdadero rompecabezas con el que nadie se aclara... Herbert espera que Selene tenga alguna iluminación que saque a su equipo del atolladero. Incluso quería llevársela a Medusa, pero sus padres se negaron en redondo. Por eso han formado un equipo paralelo aquí, en Titania. Y ella está encantada.

—Yo creo que le vendrá bien poder concentrarse en algo que le gusta, ahora que Jacob está tan raro. Así no tendrá tiempo para pensar en su relación...

—Sí, de momento es preferible que no le dé muchas vueltas —dijo Martín con aire ausente.

Llenó el vaso de Alejandra de sake virtual, y luego hizo lo mismo con el suyo. Ambos levantaron el vaso y brindaron en silencio.

Por un momento, Martín se concentró en el sabor del vino de arroz caliente. Era algo que no había probado nunca.

—Otra cosa buena de Virtualnet es que puedes beber alcohol sin emborracharte —comentó—. Aunque, después de lo que me has contado del pez globo, me imagino que también existirán los alcohólicos virtuales...

—Seguro que existen, sí.

En ese momento, una de las láminas curvas que formaban las paredes y el techo del restaurante comenzó a abrirse como un gran pétalo de cristal rosado. A continuación, el res-

to de las láminas se fueron desplegando una tras otra, hasta que el restaurante quedó convertido en una especie de terraza exterior de forma circular.

La brisa marina acarició el rostro de Martín y se enredó en los cabellos de Alejandra. El sol bañó de lleno el recinto en su cálida luz primaveral. A su alrededor, el espectáculo que ofrecía la ciudad virtual era maravilloso... Todos los edificios se abrían al mediodía como flores, exhibiendo la espléndida belleza de sus gráciles estructuras internas. Multitud de navecillas cromadas surcaban el aire, ocupadas por uno o varios pasajeros. Aquí y allá se distinguían las frágiles siluetas de las hadas virtuales que flotaban en el cielo solas o en grupos. Un dragón volador de escamas verdeazuladas pasó rozando el suelo de cristal del restaurante... Era como estar comiendo en una nube.

Martín y Alejandra contemplaban embobados el panorama. Pero, de pronto, al ponerse en pie para ver mejor las evoluciones de un par de hadas que se alejaban, Martín se tropezó con la mirada irónica de Ben Sira. Sin saber por qué, se sintió avergonzado.

—¿No es curioso? —dijo con sarcasmo—. Todo el mundo se busca los disfraces más disparatados para entrar en Virtualnet; y, sin embargo, los famosos, que en el mundo real siempre andan ocultándose de la prensa con sus máscaras virtuales, aquí se pasean como si tal cosa con su propia cara.

—¿Lo dices por él? —murmuró Alejandra, mirando a su vez al jugador de Matriz—. No sé, supongo que estará cansado de esconderse siempre. A los jugadores tan populares como él, las fans no los dejan en paz. Les vuelven locos... Si todo va bien, ¡puede que tú también tengas esos problemas dentro de poco!

Martín meneó la cabeza con gesto de duda.

—Ni siquiera sé si lograré clasificarme —dijo con tristeza—. Soy bastante rápido, es verdad, y me defiendo bien con la espada... Pero, en cuestión de fuerza, me falta mucho para poder compararme con los mejores jugadores del circuito. Y, en cuanto a la estrategia del juego... ya sabes, es algo completamente nuevo para mí.

—Sí; debe de resultar muy duro. Demasiada presión... A veces pienso que el que debería estar entrenándose para los Interanuales es Jacob, y no tú. Él conoce los juegos de Matriz desde niño. Le encantan... Ya sé que la estrategia de los juegos de Arena no se parece en nada a la de los juegos de Matriz, pero, aún así, podría ser un buen punto de partida. Además, ahora que ha activado el programa de borrado de memoria, supongo que debe de sentirse muy fuerte psicológicamente. Y sus capacidades también son increíbles...

—Ese es el problema. Jacob, desde lo de Marte, se siente poderoso. Y lo es, desde luego... Pero, para ser un buen jugador de Arena, uno tiene que ser consciente de sus limitaciones. Jacob, por ejemplo, no ha manejado jamás una espada. Y sus poderes mentales no son suficientes sin experiencia, sin entrenamiento... ¡y sin músculos!

—Pero todo eso podría solucionarse con un poco de disciplina...

—El programa de borrado de memoria puede haber mejorado las capacidades de Jacob en muchos aspectos, pero te aseguro que no le ha vuelto más disciplinado. Más bien al contrario, diría yo...

—¡Supongo que para vuestros parientes del futuro, la disciplina no debe de ser algo demasiado importante!

Martín asintió con una sonrisa.

—No sé. Yo creo que hay aspectos del carácter de las personas que ni siquiera el implante neural más sofisticado puede cambiar, ni ahora ni en el futuro —concluyó.

Alejandra le hizo un gesto al camarero para que les trajera la cuenta. Luego, clavó en su compañero una escrutadora mirada.

—Todavía no me has preguntado por Casandra —dijo con suavidad.

Martín bajó la vista.

—¿Para qué? —murmuró—. Ya sé lo que me vas a decir: Que está mejor, que empieza a asimilar la pérdida de Deimos, que ha «interiorizado el duelo», y todas esas monsergas de los psicólogos...

Al ver la expresión contrariada de Alejandra, se calló.

—Ya va siendo hora de que encares la realidad, Martín —le dijo ella con cierta brusquedad—. No puedes pasarte la vida huyendo de Casandra... Ella no te culpa de lo ocurrido, te lo he dicho mil veces. Y te necesita... Nos necesita a todos.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Martín, alzando las manos en un gesto de impotencia—. Durante el viaje, cuando me miraba con aquella cara tan triste, no sabía dónde meterme. Me sentía tan culpable... Afortunadamente, ahora ya no tiene que verme a cada momento. Es mejor así; yo no le traigo más que malos recuerdos.

Ambos interrumpieron la conversación mientras el camarero del quimono amarillo le presentaba a Alejandra la bandeja con el documento de pago.

Alejandra firmó la cuenta, y luego alzó los ojos hacia Martín con expresión resuelta.

—Pues eso va a tener que cambiar, Martín —dijo con decisión.

—Bueno, espero que algún día...

—Algún día, no —le cortó su amiga—. Ahora... Dentro de unos días, volverás a tropezarte con Casandra a cada minuto, así que es mejor que vayas preparándote.

Martín tragó saliva.

—¿Qué quieres decir? —balbuceó—. Que... ella...

—Que vamos a ir a Titania, Martín. Las dos, Casandra y yo. Nos llevará Diana... Cree que es importante que estemos todos juntos antes de que empiecen los Interanuales. Además, quiere reunirse allí con Herbert... ¿No te alegras?

De pronto, Martín sintió como si una pesada compuerta que había logrado mantener cerrada hasta aquel momento se abriese de par en par. Una marea de emociones inundó su mente... ¡Aquello era lo último que se esperaba! Iba a ver realmente a Alejandra, iba a poder abrazarla de verdad, descansar apoyado en su regazo después de la dureza de los entrenamientos... En comparación con eso, la exuberante belleza del mundo virtual que los rodeaba le pareció de pronto vacía y descolorida.

Sin pensárselo dos veces, apartó la mesa hacia un lado y arrastró la silla de Alejandra hacia la suya. Un momento después, estaba besándola en las mejillas, en los labios, en el cuello. Sentía la caricia de su pelo, pero le faltaba su olor. Pronto, muy pronto, lo tendría también...

Alejandra se había abandonado a sus caricias con una despreocupación que a Martín le encantó. Ella también había cambiado después de lo de Marte. Se había vuelto más independiente, más adulta. Ya no parecía tenerle miedo al futuro. Irradiaba belleza y seguridad. Estaba tan maravillosa, que Martín casi sintió vértigo.

—Es tarde —le dijo en un susurro Alejandra—. Jacob va a impacientarse...

—Sí, tienes razón. Tengo que irme... ¿Cuándo llegarás?

—Dentro de cuatro días.

Martín enterró una vez más su rostro en los largos cabellos sueltos de Alejandra y cerró los ojos. Luego, con un esfuerzo, se separó de ella.

—Te esperaré —dijo—. Estaré contando los minutos... ¡Se me va a hacer eterno!

—A mí también —suspiró ella—. Ten mucho cuidado en los entrenamientos, ¿vale?

—Lo intentaré —dijo Martín, y le estampó un último beso en la nuca.

Mientras cruzaba el restaurante para dirigirse a la puerta, le parecía seguir viendo a su amiga allí detrás, sentada en el mismo lugar en el que la había dejado, observándole con una alentadora sonrisa.

No se fijó, sin embargo, en los ojos oscuros y enigmáticos de Ben Sira, que permanecieron obstinadamente clavados en él hasta que salió del restaurante.